

Adolescencia: Los retos de la cultura, la familia y la escuela

Por Raúl Chiappe Tafur
Colegio Pukllasunchis (Cusco)

Ayer tuvimos una conversación larga, dura e intensa con un grupo de chicos y chicas adolescentes, dueños del mundo y de la única verdad: la suya. ¿Por qué a algunos –sólo algunos, felizmente– los agobia la displicencia, el desinterés y la desmotivación? ¿Qué hace que no asuman la responsabilidad, o mejor dicho, la irresponsabilidad de sus actos? ¿Por qué les cuesta tanto ver que lo que hacen es de su competencia y que “los otros” son una excusa y no la razón de sus culpas?

En los adolescentes podemos reflejar fielmente el espejo en el que se mira la sociedad. Esto se evidencia a partir de los cambios que hoy vivimos vertiginosamente, cambios radicales como nunca antes se vivieron. Un aspecto de la organización de la sociedad es la existencia de valores capaces de crear una unidad básica, una forma de articular a todos los que pertenecen a un grupo, para construir desde ahí sistemas de relación, de vínculo, de identidad. En el caso del Cusco, como sociedad tradicional que se da alrededor de los mitos, se explica a partir del desarrollo social desde “lo andino”, de la cercanía con el ánimo, con lo sagrado, con la concepción de cercanía con la naturaleza como un ser vivo. Mitos que refieren a los orígenes del ser humano, de los apus, de su vinculación sintónica con el entorno cósmico. Lorenz señala:

“La larga infancia del ser humano sirve para aprender, para llenar el depósito mnemotécnico con todos los bienes acumulativos de la tradición incluido el lenguaje. En el largo intervalo entre la pubertad y el momento de figurar como adulto, ‘la juventud’ cumple asimismo una función muy concreta”.

Aparecen así los ritos finales de la infancia, el inicio de la pubertad, de la procreación, de la adultez, de la muerte. Los ritos ligados a la pesca, la caza, al ser guerrero útil para la comunidad, los compromisos, los pactos que propician el paso de la infancia a la adolescencia, de la dependencia familiar a la autonomía socioeconómica, al poder formar una familia. Estos pasos eran resultado de un proceso educativo, con pruebas demostrativas, de cambios fisiológicos visibles (por ejemplo, la menstruación en la mujer). En la ciudad, estos ritos se ven reflejados en ceremonias sociales como el bautizo, la primera comunión, el corte de pelo, la fiesta de 15 años, el terminar la primaria o secundaria, pautando así la adquisición de nuevas libertades, pero venidas a menos, sin el rigor que hasta hace algunos años aún tenían.

En la actualidad han perdido vigencia, ya no son relevantes, se dan a cualquier edad o simplemente ya no se celebran. A falta de ellas el grupo etéreo, las “barras”, las pandillas juveniles, las fiestas en que se les permite beber alcohol (en los varones) son los que reemplazan e introducen sus propios ritos, cumplen una función de iniciación evocando los retos guerreros. En otros crece la necesidad de adscribirse a los grupos musicales (punks, heavy metal, metaleros, chicheros, etc.), especialmente en algunas clases sociales específicas a modo de sectas o rituales que empatan con lo que necesitan creer. Frente a esto la escuela se atemoriza, crea barreras, los exterminan de sus aulas, aumenta así la deserción escolar, el fracaso educativo, niega su sentido de pertenencia, la institucionalización “normal” de la identidad.

En el cotidiano evidenciamos la ausencia de eventos sociales de relevancia que incluyan a los niños, jóvenes y adultos, juntos todos, celebrando un acontecimiento significativo y que posibilite la transmisión de tradiciones que unen y enriquecen a todos. Eso se va perdiendo con mucha celeridad. Ya no asisten ni participan todos, los padres abandonan la casa, no posibilitan este eje fundamental de la preservación de la familia, de asegurar la continuidad y la tradición generacional.

Además de la familia, tan desprestigiada y poco relevante hoy, el mayor agente socializador es la escuela. Es el espacio que debe asegurar los rituales de “mantención cultural” de la comunidad: los campeonatos deportivos, el izamiento de la bandera, las ceremonias religiosas o patrióticas, los desfiles, los festivales de danzas (como en el Cusco), las competencias culturales, la celebración del día del padre, de la madre, del maestro, de la juventud, etc. Son pues uno de los lugares privilegiados y valiosos de transmisión cultural. Pero también se han convertido en meras repeticiones de expresiones militarizadas sin sentido o veladas largas y aburridas, la imitación absurda de una sociedad alejada de la realidad, de la vida cotidiana, expresiones vacías de sentimientos que deben ser portadores de la tradición, se da una pérdida de la significación de ritos, de rituales de tránsito y transmisión cultural relevante.

Para las poblaciones populares es el servicio militar quien cumple un rol ritual, también cuestionado. En ciudades como el Cusco la participación como bailarines o como comparsero en las diferentes fiestas patronales (Qoylloriti o Celebración de la Mamacha Carmen en Paucartambo, Calca o Písaq) o para algunas zonas campesinas las diversas fiestas marcan los ritos del año (Carnavales, Corpus, Cosecha, etc.). Para la mayoría de jóvenes los conciertos de música (Expo Rock, Festival de la Cerveza, Feria de Huancaro, Festivales de música chicha, folklórica todos en la ciudad de Cusco) reflejan sus sensaciones vitales, sus expectativas, sus miedos, sus deseos de estar entre jóvenes, celebrando. Reemplazan de esa forma sus convicciones (sociedad sin líderes, sin partidos políticos “provocativos”), cubren y se aglutinan ante el vacío de significación colectiva, cumplen con sus ritos de movilización cultural: ausentes de nacionalidad y religión en las ciudades, dejándolo para las zonas rurales pero no sin añorar lo sagrado, lo mítico, que no entienden conscientemente pero que está cerca de ellos.

A los adolescentes de hoy les ha tocado ser parte de una sociedad sin personajes imitables, sin héroes invencibles, no tienen a quién seguir, están huérfanos de modelos y no tienen contra quien rebelarse. El mundo adulto no lo entiende así, se limita a imponer modas, usos, alcohol, drogas y una educación irrelevante, aburrida, anticuada. Los jóvenes no son acogidos en su rebeldía y valorados en sus ímpetus.

El barrio

Hace algunos años la calle era un lugar de referencia y formación importante. Era, después de la casa y el colegio, un espacio de desarrollo y reafirmación de valores. Hoy, ya no es igual. Nos hemos ido agazapando, enrejando, poniendo muros o tranqueras para cuidarnos de todos. Pensamos dos veces para movilizarnos por la ciudad: buscamos taxis seguros, combis que nos traten como seres humanos, caminamos mirando por todos lados, dudando de cualquier mirada, de cualquier facha. Y claro, sabemos de muchos casos en los que nosotros, nuestros hijos e hijas han sido objeto de agresiones, asaltos y robos en lugares y horas insospechadas. Las ciudades, nuestras ciudades, ya no son las mismas. La existencia de pandillas que representan a un equipo

de fútbol o a un barrio, en el peor sentido del término, están a la orden del día. ¿Sabemos qué hacen nuestros hijos e hijas al salir del colegio?

La inseguridad se ha apropiado de nuestro cotidiano. Como una respuesta inicial, es necesario, imprescindible, saber y tener la seguridad de cómo y con quién andan nuestros jóvenes. No con un afán persecuidor, sino con ánimo de acompañamiento, de velar por su seguridad, de asegurarnos juntos que su entorno nos da, a ellos y a nosotros, la confianza de un crecimiento tranquilo, más seguro, más pleno. Reconstruyamos el barrio, hagamos cosas que devuelvan lo que tuvimos y así la ciudad irá renaciendo, irá volviendo a ser un lugar seguro y agradable, una extensión de nuestro hogar.

La familia

Las diferencias generacionales siempre han existido y existirán. Y no sabemos si nos estamos volviendo viejos o qué, pero nunca, como ahora, las diferencias se han marcado tanto. Ya no somos sus líderes, capaces de sostenerlos, de guiarlos, de ser su soporte. Somos sus “amigos”, sus pares, sabiendo que son niños o adolescentes que aún no saben hacia dónde van, qué quieren, qué buscan y que, sin duda, necesitan de nuestra adultez. El autoritarismo nos anula, nos rebela; la permisividad nos ahoga. Ni lo uno ni lo otro. Nuestros hijos necesitan de nosotros, necesitan sentir nuestra firmeza, afecto, respeto, cercanía y honestidad, herramientas que ayudarán a conducir sus vidas.

Nosotros estamos delante de ellos, los guiamos, los ayudamos, pero no estamos ahí para solucionarles todos sus problemas, no estamos para “cargarlos”, no podemos ni debemos rendirnos a su voluntad. Somos una generación decidida a no repetir con nuestros hijos los mismos errores que pudieron haber cometido nuestros padres. Pero también somos una generación intentando ser los padres que quisimos tener y pasamos de un extremo al otro. Así, “somos los últimos hijos regañados por sus padres y los primeros padres regañados por nuestros hijos”. Los últimos que tuvimos miedo a nuestros padres y los primeros que tememos a nuestros hijos. Los últimos que respetamos a nuestros padres y los primeros que aceptamos que nuestros hijos no nos respeten. En nuestra relación hay mucho amor pero poco de ubicación.

Dentro del sistema familiar cada componente, cada individuo cumple un rol, basado en la confianza de las relaciones. El adolescente sufre el proceso complejo que implica la extinción de la dependencia infantil por la adquisición de la autonomía. Se enfrenta a la armonización de los impulsos, acompañado de un entendimiento y comprensión del adulto cercano, que favorece la resolución del conflicto y que éste sea manejable, tranquilizador, que la madurez adulta posibilite el alejamiento emocional del hijo, sin que sienta abandono.

Alguna vez escuché que para vivir la adolescencia de una manera “normal”, apacible debemos procurar, los adultos, cuatro aspectos en nuestro acompañamiento:

1. Que nuestros jóvenes duerman lo suficiente, que su sueño sea el necesario. Procuremos que no estén nunca CANSADOS.
2. Que no estén HAMBRIENTOS, que su hambre esté saciada.
3. Que no estén durante el día mucho tiempo SOLOS, que su tiempo esté ocupado en diversas actividades que los satisfagan.
4. Que no pasen muchos momentos MOLESTOS.

Intentemos ayudar en satisfacer estas cuatro necesidades básicas y lograrán armonizar su día, conducir positivamente sus procesos y vivir sus cambios con la mayor tranquilidad. Aseguremos su cuidado, su amparo, hacernos cargo de sus miedos y sensibilidades, vencer juntos la desesperanza, el desaliento, el odio.

La escuela

El mundo de la escuela y el mundo de la familia se relacionan de forma compleja. El punto de contacto es el niño, la niña o el adolescente, que vive en ambos mundos. Pasa el 20% de su tiempo en el colegio, el 60% en la casa, el 10% durmiendo y el restante en actividades extraescolares. Las normas y objetivos de comportamiento varían y se diferencian por las funciones distintas de la familia y la escuela. Además, las concepciones y posiciones pedagógicas pueden darse de manera diferente. En la familia éstas no se formulan necesariamente de forma consciente y explícita.

Los chicos tienen la tendencia a transferir a una de ellas modos de comportamiento y actitudes adquiridas en la otra, pero claro está que los procesos de aprendizaje social se inician en la familia, con una anterioridad de 4 o 5 años frente a los de la escuela. El contacto con los padres es más directo que con el maestro y pasan más tiempo con ellos. Resulta así que los procesos de transferencia de la familia a la escuela juegan un papel mayor. Es por eso que los chicos transfieren comportamientos y actitudes desarrolladas frente a los padres, y para con sus compañeros comportamientos y actitudes desarrollados ante sus hermanos. Así que para el aprendizaje social en la escuela, el adolescente no es ninguna hoja en blanco y se debe buscar coincidir reglas y actitudes con la familia.

A nuestros jóvenes les ha tocado vivir un mundo confuso de valores. Los estímulos educativos que reciben de su casa, el colegio, los medios de comunicación, la religión, las autoridades, los políticos o de otros jóvenes, son completamente diferentes y a veces hasta contradictorios. Las respuestas o actitudes que muestran muchos son de agresividad, llenas de desconcierto, desorden, intentando transgredir espacios y normas, evidenciando frustraciones, llenando sus horas y días con lo que la calle les ofrece, buscando una mirada y actuación adulta sin encontrarla en las autoridades ni personas que tienen a la mano.

Hoy, la escuela debe tomar en cuenta la nueva conformación de la familia, su variedad. Tanto, que se nos exige encontrar otro tipo de respuestas. Hoy, las relaciones y vínculos de los adultos se caracterizan por tratos violentos (no es necesario golpear para actuar violentamente), carencias y frustraciones, permisividad, falta de firmeza y autoridad, rendirse y manifestar “no saber qué hacer”.

Para nosotros, lo fundamental es desarrollar en todos los chicos y chicas una adecuada e integral relación consigo mismo y con los otros, desarrollando su calidad humana, su manejo de la libertad con responsabilidad, teniendo una práctica constante de valores, elevando su autoestima, haciéndolos más sensibles, posibilitando el desarrollo de sus destrezas y actitudes, siendo críticos y reflexivos en los compromisos que asumen. Queremos chicos y chicas capaces de entender y practicar sus valores ciudadanos, manteniendo una relación y actuación armónica con su medio.